

dre Fr. José Coll, Menor observante.—Un tomo.—Madrid, 1893.

Medicina é higiene de los niños, por el doctor M. Tolosa Latour.—Un tomo.—Con grabados intercalados en el texto.—Madrid, 1893.

NOVELA

Un cacique, novela original, por Ismael Rizo y Penalva.—Un tomo.—Madrid, sin fecha.

Claro oscuro, ensayo de novela, por Luis de Terán.—Con una carta de José María de Pereda.—Un tomo.—Bilbao, 1893.

CRÍTICA

Hojas literarias, por Manuel Sanguily.—Número II.—Habana, 1893.

Revista gris, entrega 5.^a—Bogotá, 1893.

Discursos leídos ante la Real Academia española en la recepción pública del Excmo. Señor D. Miguel Colmeiro, el día 11 de Mayo de 1893.—Folleto.—Madrid, 1893.

Discursos leídos ante la Real Academia española en la recepción pública del Excmo. Señor D. Francisco Silvela, el día 30 de Abril de 1893.—Folleto.—Madrid, 1893.

Discurso leído por el Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon en la Junta pública que celebró la Real Academia española el día 3 de Mayo de 1893, para adjudicar el premio de Manuel Espinosa y Cortina, al drama titulado Mariana, original del Excmo. Sr. D. José Echegaray.—Folleto.—Madrid, 1893.

Sesión celebrada en honor de la Señora Doña Concepción Arenal, en la Real Academia de Jurisprudencia el día 28 de Marzo de 1893.—Folleto.—Madrid, 1893.



MADRE

CUANDO me enseñaron á la condesa de Serená, no pude creer que aquella señora fuese, hará cosa de cinco ó seis años, una hermosura de esas que en la calle obligan á volver la cabeza y en los salones abren surco. La dama á quien vi con un niño en brazos y vigilando los juegos de otro, tenía el semblante enteramente desfigurado, monstruoso, surcado en todas direcciones por repugnantes cicatrices blancuzcas, sobre una tez denegrida y amaratada; un ala de la nariz era distinta de la compañera, y hasta los mismos labios los afeaba profundo costurón. Sólo los ojos persistían magníficamente bellos, grandes, rasgados, húmedos, negrísimos; pero si cabía compararlos al sol, sería al sol en el momento de iluminar una comarca devastada y esterilizada por la tormenta.

Noté que el amigo que nos acompañaba, al pasar por delante de la condesa, se quitó el sombrero hasta los pies y saludó como únicamente se saluda á las reinas ó á las santas; y mientras dábamos vueltas por el paseo casi

solitario, el mismo amigo me refirió la historia ó leyenda de las cicatrices y de la perdida hermosura,—bajando la voz siempre que nos acercábamos al banco que ocupaba la heroína del relato siguiente:

„La condesa de Serená se casó muy niña, y enviudó á los veintiún años, quedándole una hija á la cual se consagró con devoción idolátrica.

„La hija tenía la enfermiza constitución del padre, y la condesa pasó años de angustia cuidando á su Irene lo mismo que á planta delicada en invernadero. Y sucedió lo natural: Irene salió antojadiza, voluntariosa, exigente, convencida de que su capricho y su gusto eran lo único importante en la tierra.

„Desde el primer año de viudez rodearon á la condesa los pretendientes, acudiendo al cebo de una beldad espléndida y un envidiable caudal. De la beldad podemos hablar los que la conocimos en todo su brillo y—¿á qué negarlo?—también suspiramos por ella.

„Para imaginarse lo que fué la cara de la condesa, hay que recordar las cabezas admirables de la Virgen, creadas por Guido Reni: facciones muy regulares y á la vez muy expresivas, tez ni morena ni blanca, sino como dorada por un reflejo solar; agregue V. la gallardía del cuerpo, la morbidez de las formas, la riqueza del pelo y de los dientes, y esos ojos que aún pueden verse ahora... y comprenderá que tantos hombres de bien anduviesen vueltos tamba por consolar á la dama.

„Perdieron, digo, perdimos el tiempo lastimosamente; ella se zafó de sus adoradores, despachando á los tercios, convirtiendo en amigos desinteresados á los demás, convenciendo á todos de que ni se volvía á casar ni pensaba en otra cosa sino en su hija, en fortalecerle la salud, en acrecentarle la hacienda. Vimos que era sincero el propósito; comprendimos que nada sacábamos en limpio; observamos que la condesa se vestía y peinaba de cierto modo que indica en la mujer desarme y neutralidad absoluta, y nos conformamos con mirar á la hermosa lo mismo que se mira un cuadro ó una estatua.

„Y empleo la palabra *mirar*, porque hasta las palabras lisonjeras y galantes conocimos que no eran gratas á la condesa, sobre todo desde que Irene empezó á espigar y presumir. Quiso la mala suerte que la hija de tan guapa señora heredase, al par que el temperamento, los rasgos fisionómicos de su padre, por lo cual Irene, en la flor de la juventud, era una mocita delgada y pálida, sin más encantos que eso que suele llamarse *belleza del diablo*, y yo comparo al saborete del agraz. Y la misma suerte caprichosa hizo que la condesa, acaso por efecto de la vida metódica y retirada en que economizó sus fuerzas vitales, entrase en el período de treinta á treinta y cinco, luciendo tan asombrosa frescura, tal plenitud de todas sus gracias, que á su lado la chiquilla daba compasión.

„De nada servía que su madre la emperejilase y se impusiese á sí propia la mayor modes-

tía en trajes y adornos; los ojos de las gentes se fijaban en el soberano otoño, apartándose de la primavera mustia; y en la calle, en la iglesia, en el campo, en los baños, doquiera que la madre y la hija apareciesen juntas, indiscretas y francas exclamaciones humillaban á Irene en lo más delicado de su vanidad femenil, y herían á la condesa en lo más íntimo de su ternura maternal.

„Fué peor todavía cuando, llegado el momento de introducir á Irene en lo que por antonomasia se llama *sociedad*, la condesa, que no había de presentarse hecha la criada de su hija, tuvo que adornarse, descotarse y lucir otra vez joyas y galas. Por más que ajustase su vestir á reglas de severidad y seriedad que nunca infringía; por más que los colores oscuros, las hechuras sencillas, la proscripción de toda coquetería picante en el tocado dijese bien á las claras que sólo por decoro se engalanaba la condesa, lo cierto es que el marco de riqueza y distinción duplicaba su hermosura divina, y de nuevo la asediaban los hombres, engolosinados y locos. De Irene apenas si hacía caso algún muchachuelo imberbe, y hubo ocasiones en que la madre, con piadosa astucia, toleró las asiduidades de apuesto galán, para adquirir el derecho de que sacase á bailar á Irene ó la llevase al comedor.

„Lo triste era que ya Irene, mortificada, ulcerado su amor propio, se mostraba desabrida con su madre, y pasaba semanas enteras sin hablarla. Notaba también la condesa que los

párpados de la muchacha estaban enrojecidos, y varias veces, al animarla á que se vistiese para alguna fiesta, Irene había respondido: —Vé tú; yo no voy; no me divierto.—De estas señales infería la condesa que roían á Irene la envidia y el despecho; y en vez de enojo, sentía la madre lástima infinita. Con vida y alma se hubiese quitado—á ser posible—aquella tez de alabastro y nácar, aquellos ojos de sol, y poniéndolos en una bandeja, como los de Santa Lucía, se los hubiese ofrecido á su niña, al ídolo de toda su honrada y noble existencia.

„No pudiendo regalar su beldad á Irene, pensó que resolvería el conflicto buscándola novio. Satisfecha con el amor de su esposo, pudiendo ir con él á todas partes, y retirada la condesa en su hogar, cesaba la tirante situación de madre é hija.

„Encontrar marido para la rica Irene no era difícil, pero la condesa aspiraba á un hombre de mérito, y su instinto de madre la guió para descubrirle y para aproximarle á Irene, preparando los sucesos. El elegido—Enrique de Acuña—era uno de los muchos admiradores y veneradores de la condesa, y puede asegurarse que influyó en él ese sentimiento que nos lleva á preferir para esposas á las hijas de las mujeres á quienes profesamos estimación altísima, y á quienes no hemos amado, pura y simplemente porque sabemos que no se dejarían amar. Persuadida la condesa de que Enrique reunía prendas no comunes de talento y corazón; viéndole tan guapo, tan digno de ser querido, tan

hombre y tan caballero, en suma, trabajó con inocente diplomacia y triunfó, pues no tardaron Irene y Enrique en ser amartelados prometidos.

„Casáronse pronto y salieron á hacer el acostumbrado viaje de luna de miel, que fué un siglo de dolor para la condesa. Acostumbrada á absorber su vida en la de su hija, á existir por ella y para ella solamente, ni sabía qué hacer del tiempo, ni podía habituarse á no ver á Irene apenas despertaba, á no besarla dormida. Ya se sentía enferma de nostalgia, cuando regresaron á Madrid los novios.

„La condesa notó con alegría que su yerno la demostraba vivo cariño, gran deferencia y familiaridad como de hermano. La consultaba todo; juntos trabajaban en el arreglo de las cuestiones de interés, y en broma solía repetir Enrique que, sólo por tener tal suegra, cien veces volvería á casarse con Irene Serená. La satisfacción de la condesa, no obstante, duró poco, pues advirtió que, según Enrique extremaba los halagos y el afecto, Irene reincidía en la antigua sequedad y dureza, y en los desplantes y murrias. Delante de su marido, conteníase, pero apenas él volvía la espalda, ella daba suelta al mal humor y á la acritud de su genio.

„Cierta día, saliendo la condesa á ver unos solares que deseaba adquirir, encontró en la puerta á Enrique, que se ofreció á acompañarla. A la mesa, por la noche, Enrique habló de la excursión, y dijo riendo que por poco le cuesta un lance acompañar á su suegra, pues todos

la decían flores, y hasta un necio la siguió, requiebrándola...

—„¿No sabes?—añadió Enrique dirigiéndose á Irene.—Tuve que llamarle al orden al caballero... Lo gracioso es que me tomó por marido de tu mamá, y yo, para hacerle rabiar, le dije que sí lo era...

„Al oír esto, Irene se levantó de la mesa, arrojando la servilleta al suelo; corriendo salió del comedor, y la oyeron cerrar con estrépito la puerta de su cuarto. Miráronse la madre y el esposo, y aquella mirada todo lo reveló; no necesitaron hablar. Enrique, ceñudo, siguió á su mujer y se encerró con ella. Al cabo de media hora, vino inmutadísimo á decir á la condesa que Irene no quería vivir más en la casa materna; y que era tal su empeño de irse, que si no se realizaba la separación, amenazaba con hacer *cualquier disparate*.

—„Pero tranquilícese V.—añadió en amargo tono de reconcentrada cólera:—he sabido imponerme y la he tratado con severidad, porque lo merece su locura.—Y como la condesa, más pálida que un difunto, se apoyase en un mueble por no caer, exclamó Enrique:

—„¡Señora, el carácter de su hija de V. preveo que nos costará muchas penas á todos!...

„Estas interioridades se supieron, según costumbre, por los criados, que las cazaron al vuelo entre cortinas y puertas; y ellos, los enemigos domésticos, fueron también los que divulgaron que el día del disgusto, la señora condesa se acostó dolorida y preocupada, y no se

fijó en que quedaba la luz ardiendo cerca de las cortinas; de modo que, á media noche, despertó envuelta en llamas, y aunque pudo evitar la desgracia mayor de perder la vida, no evitó que la cara padeciese quemaduras terribles. Con el susto y la impresión y la asistencia, Irene olvidó su enfado, y desde aquel día vivieron en paz: el señorito Enrique muy metido en sí, la señora cada vez más retirada del mundo, pensando sólo en cuidar á los niños que le fueron naciendo á la señorita.,,

—¿Qué opina V. de las quemaduras de la condesa?—preguntó al llegar aquí el narrador.

—Que esta María Coronel vale más que la otra—respondí, inclinándome á mi vez ante la madre de Irene, la cual, sospechando que hablábamos de ella, se levantó, y se retiró del paseo con sus nietecillos de la mano.



CUENTO PRIMITIVO

TUVE yo un amigo viejo, hombre de humor y vena, ó como diría un autor clásico, *loco de buen capricho*. Adolecía de cierta enfermedad ya anticuada, que fué reinante hace cincuenta años, y consiste en una especie de tirria sistemática contra todo lo que huele á religión, iglesia, culto y clero; tirria manifestada en chanzonetas de sabor más ó menos volteriano, historietas picantes como guindillas, argumentos materialistas infantiles de puro inocentes, y teorías burdamente carnales, opuestas de todo en todo á la manera de sentir y obrar del que siempre fué, después de tanto alarde de impiedad barata, persona honradísima, de limpias costumbres y benigno corazón.

Entre los asuntos que daban pie á mi amigo para despacharse á su gusto, figuraba en primer término la exégesis, ó sea la interpretación (trituratora, por supuesto) de los libros sagrados. Siempre andaba con la Biblia á vueltas, y liado á bofetadas con el Padre Scio de San Miguel. Empeñábase en que no debió llamarse *Padre Scío*, sino *Padre Nescío*, porque

había que ponerse anteojos para ver su ciencia, y las más veces discurría á trompicones por entre los laberintos y tinieblas de unos textos tan vetustos como difíciles de explicar. Sin echar de ver que él estaba en el mismo caso que el Padre Scio, y peor, pues carecía de la doctrina teológica y filológica del venerable escriturario, mi amigo se entrometía á enmendarle bizarramente la plana, diciendo peregrinos disparates que, tomados en broma, nos ayudaban á entretener las largas horas de las veladas de invierno en la aldea, mientras la lluvia empapa la tierra y gotea desprendiéndose de las peladas ramas de los árboles, y los canes aullan medrosamente anunciando imaginarios peligros.

En una noche así, después de haber apurado el ligero ponche de leche con que espantábamos el frío, y cuando el tresillo estaba en su plenitud, mi amigo la tomó con el Génesis, y rehizo á su manera la historia de la creación. No vaya á figurarse nadie que la rehizo en sentido darwinista: eso sería casi atenerse á la serie mosaica de los seis días, en que se asciende de lo inorgánico á lo orgánico, y de los organismos inferiores á los superiores. No: la creación, según mi amigo (que sin duda, para estar tan en autos, había celebrado alguna conferencia con el Creador), fué de la guisa que van Vds. á ver si continúan leyendo. Yo no hago sino transcribir lo esencial de la relación, aunque no respondo de ligeras variantes en la forma.

“En el primer día crió Dios al hombre. Sí, al hombre; á Adán, hecho del barro ó limo del

informe planeta. Pues qué, ¿iba Dios á necesitar ensayos y pruebas y tanteos y una semana de prácticas para salir al fin y al cabo con una pata de gallo como el hombre? Ni por pienso: lo único que explica y disculpa al hombre es que brotó al calor de la improvisación, aun no bien hubo determinado el Señor condensar en forma de esfera la materia caótica.

„Y crió primero al hombre, por una razón bien sencilla. Destinándole como le destinaba á rey y señor de lo creado, le pareció á Dios muy regular que el mismo Adán manifestase de qué hechura deseaba sus señoríos y reinos. En suma, Dios, á fuer de buen Padre, quiso hacer feliz á su criatura y que pidiese por aquella bocaza.

„Apenas empezó Adán á rebullirse, dolorido aún de los pellizcos de los dedos divinos que modelaron sus formas, miró en derredor: y como las tinieblas cubrían aún la faz del abismo, Adán sintió miedo y tristeza, y quiso ver, disfrutar de la claridad esplendente. Dios pronunció el consabido *Fiat*, y apareció el glorioso sol en el firmamento, y el hombre vió, y su alma se inundó de júbilo.

„Mas al poco rato notó que lo que veía no era ni muy variado ni muy recreativo: inmensa extensión desnuda, calvos eriales en que reverberaba ardiente la luz solar, y que la devolvían en abrasadoras flechas. Adán gimió sordamente, murmurando que se achicharraba y que la tierra le parecía un páramo. Y sin tardanza suscitó Dios los vegetales, la hierba avelludada y mullida que reviste el suelo, los arbustos

en flor que lo adornan y engalanan, los majestuosos árboles que vierten sobre él deleitable sombra. Como Adán notase que esta vestidura encantadora de la superficie terrestre parecía languidecer, aparecieron los vastos mares, los caudalosos ríos, las reidoras fuentecillas, y el rocío cayó hecho menudo ajófar sobre los campos. Y quejándose Adán de que tanto sol ya le ofendía la vista, el infatigable Dios, en vez de regalar á su hechura unas antiparras ahumadas, crió nada menos que la luna y las estrellas, y estableció el turno pacífico de los días y las noches.

„A todas estas, el primer hombre ya iba encontrando habitable el Edén. Sabía cómo defenderse del calor y resguardarse del frío; el hambre y la sed se las había calmado al punto Dios, ofreciéndole puros manantiales y sazonados frutos. Podía recorrer libremente las espesuras, las selvas, los valles, los pensiles y las grutas de su mansión privilegiada. Podía coger todas las flores, gustar todas las variadísimas y golosas especies de fruta, saborear todas las aguas, recostarse en todos los lechos de césped y vivir sin cuitas ni afanes, dejando correr los días de su eterna mocedad en un mundo siempre joven.—Sin embargo, no le bastaba á Adán esta idílica bienandanza; echaba de menos alguna compañía, otros seres vivientes que animasen la extensión del Paraíso. Y Dios, siempre complaciente, se dió prisa á rodear á Adán de animales diversos: unos graciosos, tiernos, halagüenos y domésticos, como la paloma y la

tórtola; otros familiares, juguetones y traviesos como el mono y el gato; otros leales y fieles, como el perro, y otros, como el león, bellos y terribles en su aspecto, aunque para Adán todos eran mansos y humildes, y los mismos tigres le lamían la mano. No queriendo Dios que Adán pudiese volver á lamentarse de que le faltaba acompañamiento de seres vivos, los crió á millones, multiplicando organismos, desde los menudísimos infusorios suspensos en el aire y en el agua, hasta el monstruoso megaterio emboscado en las selvas profundas. Quiso que Adán encontrase la vida por doquiera, la vida enérgica y ardorosa, que sin cesar se renueva y se comunica, y que no se agota nunca, adaptándose á las condiciones del medio ambiente y aprovechando la menor chispa de fuego para reanimar su encendido foco.

„Al principio le divirtieron á Adán los avechuchos, y jugueteó con ellos como un niño. No obstante, pasado algún tiempo, notó que iba cansándose de los seres inferiores, como se había cansado del sol, de la luna, de los mares y de las plantas. Si el sol todos los días aparece y se oculta de idéntico modo, los bichos repiten constantemente iguales gracias, iguales acciones y movimientos, previstos de antemano, según su especie. El mono es siempre imitador y mueque-ro; el potro, brincador y gallardo; el perro, vigilante y adicto; el ruiseñor, ni por casualidad varía sus sonatas; el gato, ya es sabido que se pasa el muy posma las horas muertas haciendo *ron, ron*. Y Adán se despertó cierta mañana pensan-

do que la vida era bien estúpida y el Paraíso una secatura.

„Como Dios todo lo cala, en seguida caló que Adán se aburría por diez; y llamándole á capítulo, le increpó severamente. ¿Qué le faltaba al señorito? ¿No tenía todo cuanto podía apetecer? ¿No disfrutaba en el Edén de una paz soberana y una ventura envidiable? ¿No le obedecía la creación entera? ¿No estaba hecho un archipámpano?

„Adán confesó con noble franqueza que precisamente aquella calma, aquella seguridad, eran las que le tenían ahito, y que anhelaba un poco de imprevisto, alguna emoción, aunque la pagase al precio de su soñoliento reposo y amodorrada placidez.

„Entonces Dios, mirándole con cierta lástima, se le acercó, y sutilmente le fué sacando, no una costilla como dice el vulgo, sino unas miasmas del cerebro, unos pedacillos del corazón, unos haces de nervios, unos fragmentos de hueso, unas onzas de sangre... en fin, algo de toda su substancia; y como Dios, puesto á escoger, no iba á optar por lo más ruin, claro que tomó lo mejorcito, lo delicado y selecto, como si dijéramos, la flor del varón, para constituir y amasar á la hembra. De suerte que, al ser Eva criada, Adán quedó inferior á lo que era antes, y perjudicado, digámoslo así, en tercio y quinto.

„Por su parte, Dios, sabiendo que tenía entre manos lo más exquisito de la organización del hombre, se esmeró en darle figura y en modelarlo primorosamente. No se atrevió á apretar tanto los dedos como cuando plasmaba al varón;

y de la caricia suave y halagadora de sus palmas, proceden esas curvas muelles y esos contornos ondulados y elegantes que tanto contrastan con la rigidez y aspereza de las líneas masculinas.

„Acabadita Eva, Dios la tomó de la mano y se la presentó á Adán, que se quedó embobado, atónito, creyendo hallarse en presencia de un ser celestial, de un luminoso querubín. Y en esta creencia siguió por algunos días, sin cansarse de mirar, remirar, admirar, ensalzar é incensar á la preciosa criatura. Por más que Eva juraba y perjuraba que era hecha del mismo barro que él, Adán no lo creía; Adán juraba á su vez que Eva procedía de otras regiones, de los azules espacios por donde giran las estrellas, del éter purísimo que envuelve el disco del sol, ó más bien del piélagos de lumbre en que flotan los espíritus ante el trono del Eterno. Créese que por entonces compuso Adán el primer soneto que ha sido en el mundo.

„Duró esta situación hasta que Adán, sin necesidad de ninguna insinuación de la serpiente traicionera, vino en antojo vehementísimo de comerse una manzana que custodiaba Eva con gran cuidado. Yo sé de fijo que Eva la defendió mucho, y no la entregó á dos por tres; y este pasaje de la Escritura es de los más tergiversados. En suma, á pesar de la defensa, Adán venció como más fuerte, y se engulló la manzana. Apenas cayeron en su estómago los mal mascados pedazos del fruto de perdición, cuando ¡oh cambio asombroso! ¡oh

penitencia. Eudoro ascendía por la áspera cuesta de la mortificación, creyendo que así se aproximaba á la gloria, y no tanto por merecerla después de su muerte, como por sentirla en vida, por cerciorarse de su realidad. Juzgo evidente que el demonio del escepticismo era quien á la sordina inspiraba tales anhelos, porque si Eudoro estuviese completamente seguro de que al morir el cielo se abre al que lo gana, no experimentaría tan ardiente afán de percibirlo, de acortar distancias, y, por decirlo así, de tocarlo con sus manos y verlo con sus ojos. Fuese lo que fuese, Eudoro practicó terribles asperezas consigo mismo; descalzo, debilitado por el ayuno, acardenalado por las disciplinas, de rodillas en la celda, cuyas desnudas paredes aparecían salpicadas de sangre, se pasó las noches enteras velando y pidiendo á Dios, entre lágrimas y sollozos, que se dignase aproximarse á su siervo. Fué inútil: sólo el triste aullido del viento en los árboles del huerto eventual respondió á sus llamamientos desesperados. Entonces salió del convento sin profesar, y los frailes viejos, edificados antes, hicieron la cruz sobre el pecho, con rostro grave y labios contraídos.

Eudoro se retiró á su casa, y descorazonado, imaginando que ya nunca se aproximaría al cielo, se dedicó á una vida activa, laboriosa y modesta, emprendiendo algunos negocios de los cuales se prometía lucro. El socio que admitió gozaba fama de probó; sin embargo, lo cierto es que engañó á Eudoro malamente, despo-

jándole de su capital y haciéndole pasar ante el mundo por tramposo y estafador. Esto último fué lo que más dolió á Eudoro, porque estimaba su honra y sufría vergüenza horrible al verse infamado y notar que se apartaban de él las gentes con desprecio. En su espíritu germinó un odio tenaz contra el calumniador, y la sed de venganza le amargó la boca.

Una noche, pasando por cierta calle desierta, Eudoro vió á un hombre que se defendía de tres que ya le tenían acorralado é iban á darle muerte. El farol contra el cual se apoyaba, le alumbraba el rostro de lleno, y Eudoro reconoció á su enemigo. Tuvo un instante de fluctuación; quiso alejarse... y de pronto volvió; iba armado; cargando con denuedo á los asesinos, les obligó á emprender precipitada fuga. Antes que el socorrido le diese las gracias, Eudoro se alejó también.

Casi llegaba á la puerta de su casa, cuando he aquí que le sale al camino un mendigo, descalzo, harapiento, encorvado, pidiéndole en voz lastimera, no dinero, sino algo de comer. "Me caigo de necesidad," gemía el pordiosero, y Eudoro, tomándole de la mano: "Vente conmigo," le dijo benignamente. "Partiremos la cena... y dormirás al abrigo del temporal y de la lluvia."

Subieron la escalera uno tras otro: Eudoro encendió luz y pasó á la cocina á calentar el caldo de la víspera y la humilde pitanza; al entrar en el comedor, llevando la tartera olorosa pudo ver la cara del pobre, que le espe-

raba sentado á la mesa ya, y notó con sorpresa que ni era viejo, ni feo, ni tenía enmarañado el pelo, ni sucias las manos, según suelen los mendigos; en cuanto á edad, representaba unos treinta años á lo sumo, y su rostro oval y su cabellera rubia, partida y flotante en bucles, eran de admirable belleza.

Sonreía dulcemente, y Eudoro le sirvió con reverencia, no atreviéndose á sentarse hasta que se lo ordenó el pobre. Comieron en silencio; pero Eudoro experimentaba un bienestar inexplicable, y parecía tan suave el yugo de la vida y tan ligera la carga de todos sus dolores pasados, que su corazón, inundado de gozo, se quería derramar en un llanto más refrigerante que el rocío de la mañana.

Así que hubo saciado el hambre, el mendigo, tomando el pan que estaba sobre la mesa, lo partió y ofreció la mitad á Eudoro. Y al ejecutar tan sencilla acción, Eudoro advirtió una imperceptible claridad que, naciendo en las sienes, rodeaba toda la cabeza del mendigo y jugaba en sus cabellos, como el sol juega en el irisado plumaje de un pájaro.

Eudoro se levantó con ímpetu irresistible, y postrándose rostro contra el suelo, vino á besar y á empapar de lágrimas los pies del mendigo, conociendo que era Cristo, Hijo de Dios, y que, en aquella noche venturosa, por fin se había aproximado el cielo á la tierra.

Cristo le miraba amorosamente, fijando en él los grandes y meditabundos ojos. Y como Eudoro se confundiese en protestas de humildad,

preguntando por qué se había dignado el Señor visitar aquella casa, respondió lentamente:

—Yo vago siempre por las calles. Cada noche quiero cenar con el que durante el día haya vuelto bien por mal y perdonado de todo corazón á su enemigo. ¡Por eso me acuesto sin cenar tantas noches!

